PUESTO A RECOBRAR EL ALIENTO

MANUEL RODRÍGUEZ BARBA

PUESTO A RECOBRAR EL ALIENTO

MANUEL RODRÍGUEZ BARBA

avant
editorial

Primera edición, octubre de 2022
© MANUEL RODRÍGUEZ BARBA 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-73-3
IBIC: FA

A mi mujer y mis hijos que siguen esforzándose en hacerme saber cómo soy

1

Mi nombre es Ananás y podría ser Sofía sin que me extrañase ni colocara en sitio distinto al que estoy, puesto a recobrar el aliento, en una azotea, con pocas ganas y algo de fastidio, el ánimo en un punto de pensar que donde fuese hallaría el mismo montón de lo que me altera y cansa. Aquí, en alto, sin nadie por encima y alcanzando más con la vista, hago por encauzarme. Ya saben lo fácil que es bajar la mirada, alzarla cuesta; además, de arriba pueden caerte rayos y granizo sin que puedas pensar haya mala intención; a ras de tierra, emboscados o a cara descubierta, te ensartan por regodeo, son feroces o imbéciles según cuadra, marrulleros con descaro y los más dispuestos a quitarte la cartera por no pagar de lo suyo; el resto dándose la razón en todo y echándole la culpa al vecino de su mareo.

Si me permiten, añadiré que, allá abajo, abundan revueltos, los que viven encogidos entre el estómago y el cerebro, por desconfiados, quienes se lanzan al vacío creídos serán recogidos antes de estrellarse contra el suelo y los que, considerándose capaces de ser buzos en el fondo del mar y surcar el cielo conduciendo un cohete, piden que el tiempo que pasan en tierra

esperando les den la oportunidad de demostrar su valía, se les paguen los gastos de alojamiento y manutención.

Yo, parecido, aunque modesto y conocedor de mis limitaciones, creo, que en algo debemos cambiar para que las desavenencias sean pocas y haya sitio para todos Por lo demás, porque digiero bien lo que escucho y veo, puedo con conocimiento relatar los hechos que me afectan y con fundamento emitir parecer sobre lo sucedido alrededor, para que se entienda por qué hemos desembocado en esto. La verdad, no es fácil poner sobre una hoja de un blanco rabioso la historia de un tranquilo, sabiendo que, la cuente de la manera que sea, al tercer día, aunque esté atento, cualquier entrometido hará por modificarla y explicarla a su manera.

Para que sepan de mí en directo, les cuento lo acontecido con mi ex no hace mucho, que, por sorpresa, se presentó en mi domicilio.

—Me alegra amor —dije—, vengas por fin a visitarme y me encuentres bien ¿Que te satisface que sonría amablemente? Es porque me he contagiado de las buenas costumbres de los señores. Las muestro con quienes me inspiran confianza y pongo cara de estar escuchando a Mahler, aunque esté a disgusto. A pesar de lo cual seguiré viviendo en esta casa pequeña, con medio cuarto de baño y cocina sin despensa, almorzando en un restaurante barato, rompiendo a llorar cuando voy al entierro de alguno que gozaba de buena salud y durmiendo poco. No obstante evito quejarme, porque a puñados los hay pasándolo peor; la mayoría sin hipo por asustados, a oscuras por lo caro de la luz y cara de haberles dado una pedrada. Figúratelos, sin resuello y protestando por lo mal que lo pasan para nada. Cierra la puerta y siéntate. En esa silla no, que cojea.

»Tomaremos un buen café; arábico con olor y sabor a miel. En la vida, incluso en las más desventuradas nos es concedido intercalar alguna satisfacción. ¿Descontento? No, pero aquí hay días que oigo como el golpear de cascos de caballo en las paredes y en vez de aire limpio respiro la polvareda que levantan los que corretean por la calle como si la holganza les alimentara. Eso me contraría menos, que haya de buscar estar a resguardo de la adversidad, esté furioso porque nadie afronta los descalabros que surgen por doquier y acabe creyendo que nos gobierna el azar y, de que se hunda el barco, la culpa también es mía. Vivimos, es mi insolente opinión, faltos de principios y convicciones, al socaire de falsos ilustrados y las velas que encienden los iluminados. Bien que, aún podemos divagar a nuestro antojo y solazarnos en traje de baño.

»¿Decepcionado? No. Soy consciente de mi obligación a pasar el invierno con una manta corta y en verano sudar, más que de calor, por no poder pagar el alquiler, lo cual temo seguirá, mientras no cuadren las cuentas del Estado y haya riesgo se incumplan los pagos de la deuda soberana. Vamos a la deriva, pero no pierdo interés por lo que acontece y en modo alguno me tumbo a esperar que escampe. Vivo de siete horas de trabajo diario, excepto domingos y festivos alternos, en una librería que también vende revistas del corazón y chucherías. Rezo porque eso se mantenga, pese a que vayan en aumento las restricciones, el río con menos agua y el retrete este atascado, las más de las veces, oliendo a lo que defecan los de arriba.

»Consuelo no es que todos, pudientes y menesterosos, acabemos en igual paradero y en el camino, aunque de distinto sino, carguemos con problemas y trastornos que nos ponen en peligro de irnos a pique. Por lo demás tranquila, lo malo que suceda y tengamos que tragar lo podremos vomitar.

»Acércate a la estufa. Por supuesto, querida, que nosotros poco podríamos hacer por enderezar el rumbo de la situación; sería una falacia que pretendiéramos intervenir para solucionar algo de tanta envergadura, que, en modo alguno depende de nuestro comportamiento, sea bueno o malo. A mí, continuaría ahogándome los pulmones subir las escaleras y tú, queriendo cada mañana siguiera siendo de pétalo de rosa ese cutis tuyo tan suave que da envidia. No obstante, en lo que esté a mi alcance, aspiro a sentirme útil, ser honesto, contribuir a modificar lo que este mal, tal que atropellos, mezquindades y todo eso; a la vez que obrar tolerante y no fastidiar, porque sé que lo rígido se rompe con más facilidad y que chirríes hasta ti acaba produciéndote dolor de cabeza.

»Sí, soy más medroso y participaré lo justo en la regeneración por más que pertenezca a esa multitud maltratada y descontenta. ¿Apático? Estoy como anestesiado y un peso a la espalda. Ojalá no me dolieran los huesos y pudiese sentirme como disfrutando de vacaciones tumbado en el sofá, oyendo que ahí afuera la tierra está engullendo todo lo podrido del mundo. ¿Dormir? Ya te he dicho que poco. Acostado en la cama o en el sofá, estirados brazos y piernas penetro en la noche, advirtiendo van apagándose las luces; al rato noto se mueve el suelo y me despierto. Ya no duermo, como cuando abrazado a ti cerraba los ojos para soñar. Debí guardar de aquello para disfrutarlo ahora que lo necesito más. ¿Sentimental? Sí. Pese a que no invoco apariciones a las que no llegue, no me arrebato con lo que invento, ni hago formidable la recordación de un beso; a veces añoro el mecer de los hermosos días, cuando escuchando ulular el viento pienso que he sido arrancado de mi hábitat natural de sosiego y buena digestión, en castigo por no haberme sabido adaptar a las usuales contradicciones y al ruido que hacen los que andan marcha atrás.

»Me apetece estar metido en una bañera hasta arriba de agua tibia, viendo andar a cuatro patas a los poderosos y crepitar el fuego en que se consume el derroche de lo que no se ha de repartir. También anhelo unos labios sin colmillos detrás y aprenda a orientarme como los pájaros, sin brújula. Hasta ahora, querida, sin resultado. ¿Poca suerte? Acaso una, que, por vacunado, no me haya enterado si me han contagiado del Covid-19.

»Ya puedes quitarte el abrigo. Afuera ha quedado el frío con los que vociferan y destrozan la posibilidad de descansar en paz. ¿Salir de noche? Sí. Pese a que arremetan contra mí el vaho de los fugitivos, el chillido de los atrapados en un cepo y el bramido de quienes escarban en el asfalto fantaseando con hallar debajo lo que les han quitado. Son noctámbulos odiando cante el gallo y no haya quien les ponga el desayuno.

»Me haces sentir bien con esa fragancia de violetas y cruzando tus bonitas piernas para mí, olvidar, que aquí estoy confundiendo los recuerdos, engañado por mí mismo y nada con lo que fraguar lo que me remedie de mi desesperanza. En cualquier caso, resistente a vivir exilado sobre una amalgama que se desmorona, indeciso en rellenar el hueco que he ido haciéndome estos últimos años de fatiga y la sensación de recluso exasperado. ¿Hacer por divertirme? Ni me lo planteo, soy un desastre con aspecto serio y talante retraído. El tintinear de collares y pulseras me aturde, necesito mucho aire para respirar y los espacios techados bajos me asfixian.

»Nunca habías estado aquí. La alquilé cuando nos separamos. ¿Tres años? Mucho. Sigo igual de riguroso con los horarios, no tengo perro ni gato, soy algo más agrio y a menudo irónico. Sí, de mirar alrededor y dentro de mí con antipatía. Cerca hay un parque con un estanque en que nadan las sombras de los edificios en vez de peces y del rellano de las escaleras me llegan

las voces de los que se quejan qué tan malo sea para las rodillas subirlas como bajarlas; uno al que le duelen, abomina que falte el ascensor, haya ladrones que puedan correr y a quienes se lucran del padecimiento ajeno no se les rompa el menisco. ¿Qué lo aumento? Puede, pero ahí al lado se alzan bloques de pisos que semejan celdas y por doquier hay desbarajuste, agitación y quererse ganar la vida tumbado en mullido.

»Para que no creas soy un triste, que sepas que leo poesía de la que hace recobrar la sensibilidad y ojeo folletos de playas idílicas donde disfrutar libre de preocupaciones. Evito los sitios resbaladizos, a los que van deprisa empujando, me ofrezcan lo que sobra de las fiestas y quedar enganchado a las escaleras mecánicas de un centro comercial cargado con gente maliciosa, guardias desconfiados y empleados cabreados. ¿Enfadado? No. Pese a que me cueste aceptar me falte tu compañía. Voy superándolo, de la mano de mi otro yo, con quien hago por llevarme bien para no sentirme demasiado solo.

»Ponte a gusto. Sí, es lo que decía cuando te pedía me quisieras. Hacía porque ocupases el mejor sitio para que con todas las ventajas de tu parte me otorgaras una. Perdona, si digo lo que no debo, he tenido un regreso a casa fatal. El suburbano abarrotado, corrientes de aire a la vuelta de cada esquina y mendigos con el gesto torcido negándose a pedir limosna por lo poco que les dan. ¿Irme a otro lugar? De momento no. Estas calles hoscas, el jardín en penumbra, las luces vacilantes, es lo mío; cosas que encajan con mis desvelos y el cúmulo de inercias en que funciono, son a lo que me he acostumbrado y quienes me proporcionan un torbellino de causas para que percatado de mis carencias y excesos pueda resolver sobre lo que me convendría. Si me fuera, llevaría poco, tu recuerdo y lo que pueda colgar del hombro. Lo importante es lograr que el tiempo se acorte cuando sufres

y lo que te duela tenga cura. Los que no creemos en remedios milagrosos disponemos de un resorte del que tiramos cuando la angustia que nos atenaza es inaguantable, para que se abra la trampilla bajo nuestros pies y caigamos al vacío; durante un rato te conviertes en nadie, sin peso, medidas, ni pensamiento, manera de renacer con el mismo cuerpo, la memoria de siempre y un puñado de la sustancia primera de la que estamos hechos y a la que hemos de seguir recurriendo para reponer de la que nos despojan.

»Abriré la ventana. El calor aquí es peor que el frío, sofoca y aletarga. Ves, la calle es estrecha, la luna en cuarto menguante pálida como desprendiéndose del firmamento y el viento sonámbulo pidiendo ser remolino. Estés más delgada y el pelo corto te dan un aire juvenil que te favorece. ¿Hablar mucho? Cada vez menos, hoy hago excepción. Me pronuncio a golpes, para que las palabras resuenen y parezcan tienen más significado.

»Sí, me sigues importando. Reconocería tu olor entre mil, un aroma que me llena la boca de saliva y el corazón de contento. La precipitación con que nos amamos nos arrolló, privados de equilibrio tuvimos que parar, después subsistimos al albur de lo que persiste en la inacción. Derretido lo dulce de la exaltación que vivimos, nos dijimos adiós educadamente antes que las discusiones y los rechazos fueran la misma cosa. ¿Hartos? No. Cansados de lo que comenzaba a ser una carrera de obstáculos. Sencillamente anticipamos el final. Salvamos que sucumbiera en un pozo ciego la abundancia con que nos regalamos. Tesoro que sigue cerca, aunque el que sean dos llaves las que abren la puerta de acceso hace difícil recobrarlo.

»He aprendido a vivir con menos, cuatro libros y algo de música, ni siquiera tengo Internet. No soportaría más. Tener que poner cada cosa en su sitio, concederles valor, me estallaría la

cabeza de actuar manso y obligado con lo mío. Ya sabes, en la calle encuentras de todo; de lo que me toca cojo lo justo, más no, porque ni tengo donde guardarlo y, además, me congratula vivir con poco, que es la verdadera grandeza que otorga la sabiduría.

»¿Presumido? Me falta sutileza y tener donde ejercerlo. Por lo demás se mantienen: el crepúsculo dorado del atardecer, exultantes los amantes bajo las pérgolas, amigos saludándose calurosos a pesar del frío y al final del paseo tropiece con hojas pudriéndose, ratas con baba hurgando en los desperdicios y del hombro tenga que ahuyentar un cuervo. Sucesos de los que vuelvo intacto, aunque encuentre el portal cerrado y llame al timbre para que baje el vecino a abrirme teniendo la llave en el bolsillo. No lo entiendo. Ni los domingos son ya buenos para mí, aunque la banda municipal toque en el templete del Retiro, repiquen las campanas a misa y haya quien eche de comer a las palomas.

»¿Raro? Y mareado. De arder y estar helado, prieto el cordel al cuello y mellados los incisivos de roer en la empuñadora de la vara del amo. Ganas tengo se desplome bajo lo que sobrevivimos, perezcamos todos y al cabo de mil años los que sigamos en la tumba podamos escarbarla hasta desenterrarnos, con ganas de volver a vivir si las cosas han cambiado. A pesar de eso, hay días que despertado a media noche me doy la vuelta y sonrío. Creo que lo merezco, porque no tengo la intención de reclamar las vacaciones anuales, aunque sea un derecho, ni echarme a la calle a protestar porque no valga de nada quejarse. Estoy hastiado de meter la cabeza por un boquete del cercado y encontrar al fondo una muchedumbre queriendo regresar por donde se fueron, desesperados de hallarlo taponado por los que se van. Para mí, los que vuelven son arrepentidos de escapar de sí mismos, percatados que como lo de uno no hay nada. ¿Yo? Si pudiera, me mordería el corazón, para que dejase de latir a cien y no se

impacientara porque no se acabe con los que incendian los bosques, haya gesto dolorido en los que aplauden, se sojuzgue a los discrepantes y todas las risas de las polillas que se pintan las alas de colorines. Por algo hay que empezar para que cambie esto.

»¿Que si tiemblo? Sí. Me tiritan las piernas porque presiento va a sobrevenirme algo dañino. ¿Por causa tuya? No. Es la negrura de la noche, esa calle que es un pasadizo infestado de musarañas, lo irremediable de las ordinarieces y no despeje la niebla que se hospeda en mi cabeza. Me besas como si te despidieras. Espera. —Tardo, pero me calmo—. Estoy dispuesto a ponerme del lado de los ilusos, a medir con el metro más largo, a levantar un monumento a los vencedores. Lo que he cometido de errores, engañado, odiado, amado y sido generoso, aspiro a almacenarlo todo entre mis ruinas, atrancar el portón y hacer por reposar, para que cuando vuelvas me halles tranquilo entre lo bueno, rotas las fotografías de lo malo y haciendo de centinela para que nada me altere y nadie me tache de aguafiestas. De tu mano, el estrepito de lo que se derrumba es un puño que no me alcanza, fenecen las malevolencias de los que no me quieren y con los ojos cerrados veo. Aún hay vigor en mis brazos, las piernas andan cuando se lo pido y tengo en proyecto salir del agujero, pese a que ante el espejo vea la imagen de uno en cueros, erizado el vello y el pulso alterado. Has venido y he de adecentarme, enjaguar el llanto y sacar del armario el obrar confiado.

»¿Conservas el fular azul marino que te regalé? Sí. Eres mí salvadora, hacedora de lo que se multiplica y crece para asegurar la vida. Estabas preciosa con él. Hicimos cosas magníficas, pero cruzar lo que distan dos planetas, no pudimos. Si no lo hubiéramos intentado aun estaríamos juntos; rozábamos el acostumbrarnos el uno al otro, ligarnos amistosamente dejando a cada cual ejerciera su vocación y escucharnos sin forzar la intimidad

de cada cual. Entrometerse y descorrer cortinas donde no hay beneplácito producen heridas difíciles de cicatrizar.

»Di algo. En voz alta, que rompa el silencio y doblegue los desafectos. Eres más fuerte que yo, que grito de espanto, toso y soy jinete contra un muro. Derribado he de cerrar los ojos y colgar boca abajo a quedar seco y salado el tiempo que dure el encono contra los disidentes. Gracias por seguir ahí con los ojos fijos en mí y hagas que experimente emoción y recobre el significado de las palabras gozo y amor. Estoy dispuesto a reverdecer entre las hojas mustias, pero antes he de estar entero y no en tantos trozos que me sea imposible expresarme con una sola voz. Hay días que prefiero helada la madrugada, pisar escarcha, la furia antes que la cordura. Hoy quisiera una gota de mi sustancia en el florero, una mariposa que riese y un ángel que me desclavara de la joroba el recelo. ¿Pido demasiado? No. Lo parece porque tengo poco.

»Voy a sentarme a tu lado, tomar tu mano, tener un sueño. No te muevas. Cuando compartíamos realidades y quimeras no cabía entre nosotros ni el velo de un suspiro, éramos dos fundidos en una, pero la convivencia no tiene órbitas, no entiende de gravitaciones y pesos, atiende más a los estallidos que son riñas de ciegos en un laberinto, que a la estabilidad que proporcionan continuidad y equilibrio. Desaprovechamos las rojas cerezas del árbol que plantamos, oír el mar en una caracola. ¿Lo que ganamos? Escapar de nuestra propia cerrazón que nos atascaba. Tú, además, supongo, dejaste de temer las voces que provocan los aludes; yo fui a parar a la orilla de un río que, desbordado, me arrastró a un océano donde sigo nadando rodeado de un revuelto de mucho y nada. Cortamos el hilo de un ovillo cada vez más enredado, nos faltó paciencia y absurdamente nos conformamos.

»¿Sigo igual de crítico? Sí, pero digo en mi descargo que reniego sin rabia y no hay rencor en lo que manifiesto. Mi conocimiento es limitado, pero entiendo lo que veo y digo lo que creo, no obstante, rehúya cargar con más que puedo y rechace afrontar riesgos excesivos. Eso sí, lucharé hasta la agonía para evitar me sepulten antes que llegue mi hora. ¿Rebelde? Me falta el arrebato y las ganas. Acaso lo sería si me persiguieran, obligasen a cavar y me amordazaran. ¿Que si conozco gente que se proclama agraviada? Claro, oigo sus lamentos porque les escatiman sus derechos y los veo tambaleándose a medio camino entre esquinas y rincones. Si pudiera evitarles tan malos tragos lo haría, aunque hubiese de tardar un siglo y pedirles luego de su tiempo para recuperarme. Mudado del revés, intento comprender y ser parte de la historia de quienes detestan vivir sumidos en ritos y leyes que no comparten. Me cuesta, actuar de manera diferente a lo que soy de dominado y perplejo por consentirlo.

»Tienes las mejillas frías y se te ponen los ojos en blanco. Permíteme las acaricie y te los bese como antaño. La tarde está siendo espléndida envuelta por el carmín del crepúsculo y el laurel soñándose en las sienes de los héroes; esperemos que, con suerte, los que apagan estrellas y vacían mares no nos descubran y maniobren para echarnos encima negrura y escaseces. Voy a cerrar la ventana, para que no penetre la noche ni el desvelo de los que buscan sitio donde dormir. Sé es un perjuicio estar dentro excluyendo lo de fuera, pero desguarecido empeoro, hace me parezcan las paredes se agrietan y tenga que salir corriendo.

»Marchar lo haré, pero a su tiempo. ¿Poco atrevido? Indeciso. De partir lo haría con quien fuese indulgente conmigo, no enturbiara el agua y se alegrarse de ver crecer verde la hierba en la pradera. A proclamar que lo humano es lo que sostiene la existencia y la mayor libertad es la que se concede uno mismo. ¿Decaído?

No. Tomo el aliento justo para no desconectar de lo que ocurre, negándome a representar un papel de comparsa que me ligue a comediantes. Enseño, aunque sea con reservas, los dientes, a las arbitrariedades, me resisto a ser arrastrado por la corriente y no me empleo a fondo carente de asidero.

»¿Que si he vuelto a bailar? Eres el vivo retrato de siempre; el mismo brillo en los ojos, la firmeza de los hombros, la cintura de mimbre. La que canta es Erin Bode. Parecemos ayer, de coral y jazmín empapados por la alegría de no estar sujetos más que a nosotros mismo. La canción es The Mountain. Estuvimos tan bien batiendo con las olas la aspereza de cuanto nos embestía, en torno a la cosecha de lo que sembramos, hermoseados con el fervor de los enamorados. Lo que suena fuera son las campanas dando las doce. No obstante, la noche continua, aunque sea otro día, amargo o dulce según para quien, distinto incluso para los indiferentes, esos que reducidos a la impotencia son descreídos por abandonados. Entre esos, ni tu ni yo estuvimos nunca; preferíamos situarnos donde nos correspondía que en acomodo dando a ninguna parte. Entonces salíamos del brazo por el jardín, contábamos las luces de las farolas y mostrábamos nuestra sonrisa a quienes nos miraban. Siempre tañerá agradable aquello. ¿La oyes? Es la memoria a brincos tratando de recuperarlo, proponiéndonos no olvidarlo y sigamos aprendiendo de aquello. ¿A qué? Un día me aventuraré a preguntarle, por si es algo que nos valga para reanudar lo nuestro.

»Siento vértigo y un júbilo desusado porque estés conmigo. Lo impregnas todo; esa cama con cabecero de hierro, la punta de mi lengua, lo espeso de mi deseo. El amor es inextinguible, cuando cesa es un dardo que solo puede sacar quien amas, pero hacer que perezca nadie. No me mires así. Suele ocurrirme, son escalofríos ayudándome a sentir que vivo, otras veces es sudando

de sacudirme los desgarros que me provocan estar de pie detrás de un mostrador con alambradas y las pezuñas de los asnos con corbata pateando el suelo.

»A cada uno nos habita más de una personalidad: la que hace que nos hierva la sangre, la que nos vierte donde hiela, una que lleva años intentando cortarnos las ligaduras, otra convencernos que volar sin alas es posible y más, con que nos tapamos o mostramos según nos convenga. Cada día se muestran varias. Esta noche, si de mí dependiera, hubiese recurrido solo a la que me inclina pacífico hacia ti, pero el pensamiento es un crujido interior inmisericorde, doloroso de contener que has de dejarlo surgir revuelto y afilado como una espada a contender. He tratado de no ponerle voz, pero, girado contra mí, ha podido más que yo.

»Estoy entre lo que pretendo y lo que soy, pidiendo ser animado a creer en un futuro magnífico o con los dedos encogidos arañando el altar de la celebración, la costra de los fracasados, el contagio de la desilusión. ¿Hablar de algo agradable? Sí. De la habitación de aquel hotel con candelabros de plata, sillones de terciopelo y vistas a una playa infinita en la que nos bañábamos desnudos, también de una excursión primaveral y de cuando respiraba tu aliento. Dejaré para cuando te vayas, gritar que no vale haya de arrancarse hierba seca para dar de comer a los hambrientos y algunos hagan por ponerle dogal al agua de un manantial.

»¿Cesar de añadir sal en lo que pienso? Eso quisiera querida, y no esta locura de llevarme por ahí pidiendo que me amen siendo un catastrofista. ¡Ah!, lo que echo de menos aquellos acordes en las caricias y los te quiero en la mirada. ¿Cursi? No me dejas espacio para estimularme y ponga sentido a lo que me inspiras. ¿Tú para mí? Mujer, antes que nada, capaz de ser tú misma, esencia de una corona sin penacho, embeleso de un trozo de cielo.

¿Halagador? ¿Para qué? Me falta el fruto qué ofrecer y la mecedora en qué esperar la compensación. Lo que hago es declamar una letanía mientras ando por un túnel largo hasta que, extenuado, me paro a tratar de superar mi empeño en cantar victoria. Pudiera ser que antes de amanecer haga la maleta y al momento la deshaga, que mientras desayuno en la cafetería estrelle la taza contra la pared y luego cabizbajo pida perdón, recorra la ciudad y halle demasiada gente estrujándose las manos y el alma en un quejido, que me induzca a pensar que debiera ser destruida y de nuevo edificar, una especie de vuelta a iluminar las tinieblas. Así soy, de agarrar el mundo por el cuello para arrojarlo al infierno y enseguida ponerlo a resguardo para no perderlo.

»Se te cierran los ojos. A mí no, por las ganas que tengo de dormir y temer luego no quiera despertar, por no ver secos los nenúfares en el estanque, el pico de los buitres devorando la carroña; solo, cumpliendo años que no los pueda contar, asomado a un puente sin barandilla, puesto con sudario en lo tenebroso de una catacumba. Y sin embargo necesito descansar. Estoy como a la espera de recompensa por una tarea ardua que acabase de realizar. Probablemente la que nos ha permitido permanecer juntos seis horas, aguantarme el aullar, no blasfemar, ni insultar. Pregúntame porqué, para que te diga que necesito que te quedes para mirarte hasta el amanecer, abrazarte y vuelva a tener una mañana alegre. Hace tanto tiempo que los crepúsculos del alba son para mí del color de la pared y las tardes de aparecer un nublado que me oculta en un no poder más y tenga que reconocer lo poco que valgo.

»Lloramos y reímos en ocasiones sin saber por qué. Hoy me toca reír con causa y se reduzcan las sombras, dar y recoger del pan amasado y acogerme al afecto en que busca asilo el destierro; hoy, que has venido a que exista consciente de mis